

llegaron á tal respecto las cosas, citaremos tan sólo un incidente: Visitando un día el establecimiento el general Miramón, recién hecho cargo de la presidencia de la República, los señores de la Junta de Gobierno, queriendo darle una muestra de lo que podía hacer la Academia en pro del arte y del renombre de los héroes, con sus elementos propios; y en espera de sorprender gratamente y lisonjear en sus ideas políticas al Presidente, dijéronle cómo la Junta había encargado al director de escultura Vilar, la estatua ecuestre del generalísimo Iturbide, que se haría en bronce para un sitio público de la capital. Paró mientes en ello el caudillo conservador, no tanto por lo que el proyecto tenía de artístico ó glorioso, sino por los gastos que podría significar la ejecución del monumento; y no sin estudiada y aparente indiferencia, hubo de interrogar minuciosamente á sus interlocutores acerca de los fondos de que se disponía para la erección de la estatua. Satisfecha á gusto suyo la curiosidad del Presidente, por sus ingenuos informantes, no echó la especie en saco roto, pues que, á los pocos días de su visita, pedíale Miramón por conducto de su ministro Lares á Couto, un préstamo de sesenta mil pesos, indicándole al propio tiempo, de qué fondos podría echar

mano, sin que tampoco descuidara la orden correlativa para que se despejase el sitio que Vilar, en el cuartel de Granaderos, tenía ocupado con los trabajos para la estatua del héroe de Iguala. Couto, á regañadientes, hubo de enterar la suma pedida y hacer que el escultor diese cumplimiento á la orden del despejo, desistiendo la Junta de sus bellos ensueños. Posteriormente, temeroso Couto de que en perjuicio de la Academia se repitieran esos pedidos que nunca tenían reintegro, determinó invertir cuanto en cajas había en beneficio de la misma Academia, dándole encargo al arquitecto D. Javier Cavallari para que, desde luego, emprendiera obras de consideración en el edificio que mucho habrían de mejorarle.

El arquitecto púsose á ejecutar lo mandado por el Director, y en breve dió cima á la empresa. Construyéronse en tal ocasión, la fachada principal del edificio, de sobrias formas y apropiado aspecto; el vasto salón para juntas y biblioteca, y la amplia galería destinada á los cuadros de los discípulos de Clavé y otra más de Arquitectura; obras todas sobresalientes en su línea y en las que no se escatimó gasto alguno. Couto, en esta vez como en todas, dió cumplida muestra de inteligencia, celo y carácter resuelto.



## VI

Formados por Clavé más de doce discípulos diestros en su arte, surgía la dificultad de faltarles en México un amplio campo de acción en que ejercitar la pintura, desplegar sus conocimientos y por medio de la noble profesión que habían abrazado, ganarse con sus producciones la vida. En otras edades, en los dos últimos siglos del gobierno colonial principalmente, la Iglesia y las comunidades religiosas proporcionaron trabajo en nuestro suelo á un crecido número de pintores, cuyas obras llenaban los retablos de los templos, los muros de los claustros, los de las espaciosas salas de los monasterios y los de toda oficina eclesiástica. Pero á partir de la emancipación de la Colonia, la cultura de los eclesiásticos, por lo que respecta á las Bellas Artes (que tan gran parte tienen en el culto), sufrió considerable descenso. No solamente abstuvieron ya de mandar pintar cuadros para los templos y moradas conventuales, sino que, llevados de una especie de ardor iconoclasta, hicieron arrancar cuantas pinturas decoraban los altares, al hacer derribar aquellos maravillosos retablos churriguerescos cuajados de cuadros, que ostentaban todas nuestras iglesias, para subs-

tituir, los retablos, con otros de carácter más arquitectónico, pero monótonos, fríos, escauetos y toscos; y las pinturas, con informes esculturas del peor estilo y arte. Así fué cómo vinieron á tierra y desaparecieron centenares de tablas y lienzos de los Vázquez, Conchas, Rúas, Echaves, Juárez, Correas, Villalpandos, Ibarra, Valles y Cabrerías. De toda una brillante eflorescencia pictórica con que se ufanarían pueblos más cultos, apenas si ha quedado huella entre nosotros; salvándose del naufragio artístico, los contados ejemplares que Couto y Clavé preservaron de la ruina, ó bien aquellos otros más escasos todavía, que por un estupendo milagro, no han sido quitados de su sitio en las Catedrales de México y de Puebla, ni en las iglesias de la orden dominicana, también de ambas ciudades. (1)

(1) En la Catedral de México aun permanecen en pie aunque sucias y polvorientas, esas preciosísimas joyas del estilo churrigueresco llamadas el altar del Perdón y de los Reyes, con sus respectivas pinturas; en el primero de Simón Perseins, y en el segundo, de Juan Rodríguez Juárez. En la sacristía del primero de dichos templos, se conservan grandes lienzos murales de Juan Correa y de Cristóbal de Villalpando, y en la sala capitular la colección de retratos de los arzobispos. La Catedral de Puebla ostenta todavía con orgullo, el magnífico Vía Crucis de Miguel de Cabrera, y la cúpula de los Reyes decorada por Villalpando. En Santo Domingo de México, se admiran aún



Ninguno de los gobiernos civiles de la República heredó tampoco las antiguas aficiones artísticas de la Iglesia, ni ejerció, por lo mismo, nunca, el más leve protectorado sobre el arte. Mal podían nuestros gobiernos consagrar la atención á cosa que no fuera la voráGINE revolucionaria que más tarde ó más temprano iba absorbiéndolos á todos: yorquinos y escoceses, centralistas y federalistas, conservadores y liberales. La pintura no ha contado pues, aquí, con otros Mecenas que el grupo de espíritus selectos aunque de poder limitado, que formaban la Junta de la Academia. Atentos sus miembros á las circunstancias del medio, poco propicias á las Bellas Artes, al no contar éstas en México con la ayuda de las dos grandes entidades, la eclesiástica y la civil, que en todo país en que las Bellas Artes han pros-

---

los dos suntuosos retablos churriguerecos del cruceiro con cuadros de Ibarra, y Santo Domingo de Puebla ofrece todavía á la mirada del visitante, la capilla del Rosario, recientemente restaurada, y cuyo principal adorno son, las pinturas de la Vida de la Virgen, de José Rodríguez Carnero, excelente pintor del siglo XVII.

La Iglesia de la Enseñanza de la capital de la República, que es una muestra acabada del estilo churriguereco, por fortuna se conserva intacta con los cuadros murales de Antonio Vallejo que mucho la adornan y embellecen.

perado, fué merced al favor que ambas instituciones les dispensaron; los miembros de la Junta, decimos, desde que dieron comienzo á la empresa de levantar la Academia, hubieron de acudir al solo concurso de los simples particulares para la adquisición de obras de arte. Para los particulares celebrábase, pues, las exposiciones, con la idea y el propósito de despertar entre ellos el gusto y hacer que adquiriesen algunos cuadros. Y en efecto, logróse hacer tal propaganda entre ellos, debido á lo cual, encargáronseles buen número de retratos á Clavé y á Cordero y se agotaron las más de las veces cuantas obras suyas pusieron de venta los discípulos de Clavé en las exposiciones. Por desgracia la protección que le es dado impartir al público á la pintura es bien limitada. Redúcese á la demanda de retratos y de cuadros de caballete, propios para los salones privados. El verdadero medro del artista, estriba en la pintura monumental ó decorativa, y este género no pueden impulsarlo los simples particulares. Por esto el porvenir del pintor, del escultor y del arquitecto está en manos de esas dos grandes corporaciones que se llaman el Estado y la Iglesia; y allí donde ni la Iglesia ni el Estado favorecen al arte, el arte no prospera ó si prospera es harto limitadamente. Quien quiera de ello ejemplos, la Historia se los ofrecerá á manos llenas.



Con la idea y fin de impulsar á los discípulos de Clavé, en la medida que podía hacerlo D. Bernardo Couto, dispuso éste que la galería denominada de la escuela de Clavé, que era la más amplia de todas y la más hermosamente proporcionada, así como el gran salón destinado á la biblioteca, fuesen decorados por aquéllos con pinturas murales que se pagarían con fondos del establecimiento. Y con efecto, en 1856 decoró dicha galería Ramón Sagredo, con medias figuras sobre fondo de oro, representando á los grandes artistas antiguos y modernos, Fidias, Apelés, Giotto, Rafael, Miguel Angel, Rubens, Ticiano, Velázquez etc.; figuras que fueron tomadas de las del célebre Hemiciclo de Paul de Laroche. En cuanto á la segunda decoración, de más dificultad é importancia, no se llevó á cabo por haberse interpuesto los adversos acontecimientos que más adelante se expresan. En cambio, otra decoración de más consideración y aliento, se acometió y llevó á término, aunque no sin grandes interrupciones y tropiezos; nos referimos á la de la cúpula de la Profesa.

De tiempo atrás, desde antes de que Cordero emprendiera el ornato de la Capilla de Santa Teresa—que un grupo de particulares promovió é hizo que se llevase á cabo—la Junta ambicionaba que

los alumnos ya formados de la Academia, pintaran bajo la dirección de Clavé, en algún templo, con objeto de que tales trabajos suyos les sirvieran “de estímulo á la aplicación y de aliciente á los nobles deseos de gloria,” según frase de Couto. Avivóse este anhelo cuando Cordero hubo terminado las obras decorativas de Santa Teresa y se vió que, por su estilo un tanto teatral y los colores desapacibles y duros, no había sido del agrado de todos. Naturalmente, los admiradores del director de pintura de la Academia, querían que diese muestra de lo que era capaz, compitiendo con Cordero en obras de igual naturaleza á las que éste acababa de dar cima. Las circunstancias favorecieron el intento. En Junio de 1858 sintióse un fuerte terremoto en el capital, que causó grave maltrato al templo de la Profesa, y al hacerse las reparaciones, el P. D. Felipe Villarelo, prepósito del Oratorio y persona de cierta ilustración artística que había adquirido en su estancia en Roma, solicitó el concurso de la Academia para el decorado de aquella iglesia.

Su proposición fué favorablemente acogida por los miembros de la Junta, no obstante haberseles manifestado que no podrían costear el total importe de la obra los Filipenses. Mas para facilitar el que ésta se hiciera y fueran ocupados en ella los alum-



nos, mostróse dispuesta la Junta á sufragar una parte de los gastos, contribuyendo con tres mil pesos por año, en los que tardara la decoración en ejecutarse. Couto, Fonseca y Arango y Escandón, quedaron en calidad de comisionados para entender con el P. Villarello en todo lo relativo al asunto.

Tan luego como se fijaron los términos del convenio, hizo Clavé los bocetos para la cúpula, eligiendo por asunto los Siete Sacramentos, representados por pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Correspondía á cada Sacramento un gajo de los ocho de la cúpula, quedando reservado el octavo, para los signos de la Redención adorados por ángeles.

Ayudado de sus discípulos, Ramón Sagredo, Joaquín Ramírez, Petronilo Monroy, Rafael Flores y Felipe Castro, dió comienzo Clavé á los trabajos en grande, á principios de 1861; mas apenas concluídos dos gajos, interrumpióse la obra por haber sido disuelta, como todas las demás comunidades religiosas, la congregación del Oratorio y haber ocupado su casa las tropas del Gobierno federal.

Las nuevas vicisitudes políticas estorbaban por espacio de cinco años la prosecución de la obra, hasta que, merced á las activas gestiones de D. Urbano Fonseca (Couto había fallecido en Noviembre de 1862), pudieron reanudarse en 1866, los

trabajos, que Clavé y sus mismos discípulos de antes, terminaron en ocho meses, durante los críticos días del sitio de México que precedió á la caída del Imperio, oyendo silbar cerca de sí las balas de los sitiados. En Mayo de 1867 la decoración quedó descubierta y á la vista del público.

Las pinturas miden cinco varas y media de ancho por nueve de alto, siendo las figuras de doble tamaño del natural. Están ejecutadas al óleo (con lo que se obtuvo intensidad y riqueza en el colorido) y sobre el muro, y apagado el brillo propio de esta pintura, con un barniz á propósito.

Al emprender su trabajo D. Pelegrín Clavé en la Profesa, existían en la ciudad solo tres decoraciones pictóricas del género de la que iba á desempeñar, si bien todas tres fueron ejecutadas al temple: la de la bóveda del Bautisterio del Sagrario Metropolitano, en la que su autor, D. Andrés Ginés de Aguirre, primer director de pintura que hubo en la Academia, había representado los bautismos del Salvador, de San Agustín, de Constantino y de San Felipe de Jesús, con grande inventiva y maestría; la cúpula de la Catedral, en la que, D. Rafael Jimeno, segundo director de pintura de la misma Academia, con facundia imaginativa, diseñó una gloria con la Asunción de la Vir-



gen, y la cúpula de Santa Teresa, en la que, D. Juan Cordero, desarrolló la hermosa composición, (aunque un poco teatral en el estilo) del Eterno Padre acompañado de las Virtudes. (1)

Así la obra de Jimeno como la de Cordero, desarrolladas en perspectiva ascendente, ofrecen una sola composición en que la unidad es visible; ventaja esta para la que se prestan las superficies continuadas de las dos cúpulas, por su forma esférica ó casi esférica; mientras que Clavé tuvo que habérselas con una forma arquitectónica, si amplia y bella, como la de la cúpula de la Profesa, acentuadamente octógona y dividida, por lo mismo, en ocho compartimientos, definidos por bien resueltas aristas. Así es que la división y diversidad de asuntos, impusieronsele

(1) Nunca lamentaremos bastante el atentado artístico consumado por el señor párroco del Sagrario, D. Antonio Paredes en 1901, al haber mandado borrar la preciosa pintura de la bóveda del Bautisterio, única reliquia artística que existía en México del notable profesor Aguirre.

También es deplorable que el actual capellán de Santa Teresa, D. Antonio de Stefano, haya mandado suspender de la cúpula una cuerda para lámpara que arranca del torso del Padre Eterno, y que afea, corta y divide toda la decoración y ha causado desperfecto en la pintura. Por el contrario, no merece sino elogios el señor deán de la Catedral, D. Joaquín Uría, por haber dispuesto que restaurase cuidadosamente la cúpula de Jimeno el pintor Tiburcio Sánchez, que lo hizo con precisión en el año de 1896.

como necesidad imperiosa é ineludible. Pero dado tal escollo para la unidad, el pintor supo afrontarlo con ingenio y bizarria, poniendo en su decoración cuadros popiamente tales, y eligiendo por motivo de ellos, ocho asuntos diversos, ciertamente, pero estrechamente relacionados y ligados entre sí, como los símbolos de la Redención y los Siete Sacramentos de la Iglesia; esto es, los medios por los cuales se obtiene el dón precioso de la gracia, merecido por el sacrificio de Cristo. El tema fué elegido con sumo acierto y desarrollado con conocimiento de la economía católica.

Cuantos por buenos ó malos móviles habían lamentado que Clavé se mostrase tan remiso en presentar cuadros suyos originales, de fijo quedarían en esta vez hartos, con los diversos que diseñó para la cúpula, compuestos todos de numerosas figuras, y en cuyo arreglo, por lo mismo, hallábanse vencidas grandes dificultades. En todos y cada uno de tales cuadros, había el pintor demostrado la misma fácil inventiva creadora de que tenía dadas enantes repetidas muestras con los de sus discípulos; igual maestría para agrupar, aunque vencidas ahora mayores dificultades á causa del aumento de figuras con relación á las que ponían los discípulos, é idéntico sentimiento y embeleso al inter-



pretar la sacra leyenda. ¡Cómo cautivan aquella variedad de asuntos, aquella fecundidad de imaginación con que están concebidos, aquella magnificencia de colores, á los que presta realce y brillo la abundante luz que por el cerco de claros del tambor de la cúpula penetra y se desparrama; los azules intensos, y escarlatas, y gualdas y glaucos de los ropajes, que se entremezclan y juegan con las más ligeras tintas de los fondos y las diáfanos de los cielos y celajes, y con los tintes metálicos de las fajas de oro que encuadran las pinturas, produciendo las luces, tonos y matices una á modo de esplendente sinfonía de lo más grato para la vista!

Si después de abarcar el conjunto de la cúpula va deteniéndose el espectador en cada uno de los asuntos, vuelto el rostro en dirección al ábside, primeramente se encuentra con el compartimiento en que está representada una gloria con seis arcángeles que portan la corona de espinas y los clavos, la lanza, sudario y demás signos de la Pasión y adoran reverentes y con expresión contristada, una cruz luminosa que se destaca entre nubes. Eu el siguiente gajo, hacia la derecha, hállase el Bautismo, el de Cristo, con el Salvador desnudo de medio cuerpo, que recibe el agua del Jordán que el Precursor vierte sobre su cabeza, arrodillado sobre la ro-

ca, mientras dos espíritus alados, teniendo las ropas del Cristo, asisten á la escena santificada por la emblemática paloma que envía de lo alto un haz luminoso de rayos.

Viene seguidamente el cuadro de la Confirmación. Los apóstoles Pedro y Juan junto á un florido árbol y bajo un amplio palio, administran el segundo de los sacramentos á algunos fieles de distintos sexos y edades, teniendo por fondo el asunto el caserío de la ciudad de Samaria. Tras la Confirmación aparece la escena de la Penitencia: la Pecadora despojada de los atavíos mundanos, arrodillada y con expresión de modestia y arrepentimiento, unge con preciado bálsamo y enjuga con la blonda y sedaña cabellera, los pies de Jesús, semirecostado en el triclinio de Simón el fariseo, que, como los demás comensales, muéstrase maravillado ante lo inaudito del suceso.

Llégase al quinto compartimiento contrapuesto al de los ángeles que adoran la cruz, y frente por frente del ábside y altar mayor del templo, donde aparece la representación de la Eucaristía, por la última Cena. Jesús en pie y en actitud grandemente expresiva y solemne, con el pan en las manos antes de distribuirlo entre los doce, les habla de la misteriosa transustanciación. Ellos arrodillados en torno de la mesa del convite, esperan con ferviente



anhelo el pan de la vida. Disipa las sombras de la estancia, una lámpara suspendida en mitad de ella, y la luna se divisa entre el follaje por un claro de la sala. (¡Qué cuadro más expresivo, ofreciéndole el artista al celebrante, cada vez de que vuelva el rostro hacia el pueblo durante la ceremonia eucarística!) La Extremaunción: Santiago el Mayor, que la administra, hace las postreras unções con el óleo santo en el cuerpo de un enfermo, cuyo lecho se ve rodeado de los atribulados deudos, próximos acaso á darle la última despedida. En la representación del Sacramento de la Orden sacerdotal, Cristo aparece á orillas del Tiberiades, entregando al discípulo de las negaciones que trueca en confesiones ardentísimas, las simbólicas llaves de su apostólica primacía. En fin, en el último compartimiento de la bóveda y á la derecha del espectador, aparece el séptimo Sacramento, simbolizado por los desposorios de la Virgen María con el santo Patriarca José, conforme el rito de la ley mosaica; y presidiendo á esta serie de asuntos, hállase en la parte superior y en el sitio que corresponde al arranque de la linternilla, que el pintor hizo desaparecer interiormente, el Eterno Padre escoltado por querubes y bendiciendo lo creado.

La originalidad, la riqueza, el sentimiento religioso, la perfecta adaptación

de los temas con el lugar de oración que decoran, son cualidades que avaloran grandemente la serie de pinturas que trazó Clavé en la cúpula de la Profesa. ¡Lástima grande que no hubiese tenido ocasión de decorar todo el templo, como se proyectaba! Pero así y todo, en aquella pequeña parte que dejó, nos queda una muestra acabada de su inspiración religiosa. Particularmente están maestramente concebidas y ejecutadas las figuras de Jesús y de San Juan, del Bautismo, el majestuoso Cristo, de la Eucaristía, y la delicada y honesta Magdalena, de la Penitencia.

La obra sería extremada si el artista no hubiese caído en ciertos escollos de la perspectiva, por haber crecido bastante algunas figuras, las que, según la colocación en que estemos, ó se ven demasiado largas cuando la curvatura de la cúpula no las escorza, ó muy achatadas si esto último se verifica. Pero este es un escollo difícil de salvarse, cuando en tal género de decoraciones no se adopta resueltamente la perspectiva ascendente ó de abajo en alto que permite jugar, por decirlo así, con la curvatura de las bóvedas, evadiendo las dificultades que ofrece para las buenas formas.

Con todo, al descubrirse la decoración después de tantos años de no terminarse y de estar oculta por tablados y andamios,



fué en general muy bien acogida, sin que por eso dejaran de oírse las censuras de los adversarios de Clavé; mas no fué el defecto á que hemos aludido el que eciaron en cara al artista, sino otros puramente fantásticos.

Don Felipe López López, íntimo amigo de Mata y de Cordero, dió á la estampa en Junio de 1867, un opúsculo en el que hizo la crítica de las pinturas de la Profesa, en ese estilo enmarañado, altisonante y hueco que le era peculiar, y conforme á apreciaciones exclusivamente suyas y de lo más arbitrarias, encaminadas todas á deprimir la obra de Clavé, por sistema.

Veamos el tenor de su crítica:

“Al encontrarse el espectador bajo el polo de una concavidad, al levantar los ojos hacia el cenit de una cúpula, al separar la vista del terreno que lo sustenta y del horizonte que lo circunda, ¿qué busca en aquella inmensidad?... ¿No le representan esos luminosos espacios la bóveda celeste?... Y, ¿será lógico, será artístico, ver rota y dividida en gajos por meridianos materiales aquella región infinita donde la mano del hombre nada puede?... ¿Será racional encontrar en cada fracción distinto éter?... En una palabra, ¿puede admitirse la pluralidad de asuntos, la variedad de escenas y la dife-

rencia de luces en un mismo hemisferio y sobre un mismo horizonte? ¿Puede el mismo protagonista hallarse á la vez de actor en la mayor parte de las escenas?...”

“La posición del espectador, la forma de la superficie que contempla y la luz que lo baña, todo le induce á creer que su vista no debe hallar otra cosa que el vacío, la atmósfera, las nubes y lo que únicamente sea propio de la región celeste; los meteoros, los planetas, los cometas, los efectos ígneos, accesorios atmosféricos y la diversa clase de éstos. ¿Esperará lógicamente hallarse figuras mortales en el elemento de las aves? ¿Podrá sin aterrarse ver sobre su cabeza, suelo, vejetación, casas y montes? ¿Es sensato representar sobre una superficie cóncava la superficie vertical de una fachada?... ¿Puede el arte admitir pesados trozos de material arquitectónico en la diáfana esfera celeste?...”

“Natural es suponer al espectador que se halla bajo el cimborrio de un templo con la cabeza descubierta, arrodillado tal vez; quizás lleno de unción; puede ser arrepentido, ó implorando los beneficios del Padre Dios.... Y entonces, ¿cuál estará su ánimo? ¿Qué buscará al levantar los ojos? Decís bien: seres ideales, espíritus mensajeros de su oración, y si su espíritu es ardiente, buscará al Ser Supremo.